

LOS NOMBRES DE LA GUERRA*

Santos Juliá
UNED. Madrid

Cuando los hombres acuden a las armas, la retórica ha terminado su misión. Porque ya no se trata de convencer, sino de vencer y abatir al adversario. Sin embargo, no hay guerra sin retórica. Y lo característico de la retórica guerrera consiste en ser ella la misma para los dos beligerantes, como si ambos comulgasen en las mismas razones y hubiesen llegado a un previo acuerdo sobre las mismas verdades. De aquí deducía mi maestro la irracionalidad de la guerra, por un lado, y de la retórica, por otro.

Con estas palabras de Juan de Mairena expresaba Antonio Machado en enero de 1937, y en el primer número de la revista que había definido aquella *Hora de España* como de revolución y guerra civil, una profunda verdad revelada al poeta por la experiencia vivida durante los últimos seis meses: la guerra liquida en cierto modo la retórica, el arte de dar al lenguaje hablado o escrito eficacia bastante para deleitar, persuadir o conmover; pero la guerra misma es imposible sin una retórica que, paradójicamente, es idéntica en los dos beligerantes. Tal vez en ningún caso ocurra de forma tan absoluta esta verdad como en una guerra interna, entre miembros del mismo Estado, nación o comunidad política. La de España no podía ser menos, incluso cuando los nombres o sintagmas que la definen parecerían significar contenidos contradictorios: en la zona leal como en la rebelde, desde el momento en que el golpe triunfa y fracasa en diferentes partes del territorio, la sublevación y la resistencia se describen como si aquel contra el que unos se sublevan o contra los que otros resisten fuera un enemigo exterior, un invasor. Es significativo que la identificación del enemigo se repita también cuando, décadas

* Publicado en *Claves de razón práctica*, 164, julio/agosto, 2006, pp. 22-31.

después, se pretenda dar por terminada la guerra y se ensayen caminos de reconciliación; entonces, guerra contra el invasor se convertirá en guerra fratricida.

Si la retórica fue similar, los caminos recorridos hasta construir el discurso dominante en cada zona fueron muy diferentes. Pues el éxito parcial y la parcial derrota de la rebelión militar y de la revolución obrera, al originar una nueva e imprevista situación en la que nadie controlaba todo el poder o, mejor, en la que el poder quedó atomizado, impusieron en ambos lados estrategias de coalición de fuerzas y búsqueda de apoyos sociales. La expectativa de instauración de una dictadura acariciada por los militares insurrectos se vio profundamente modificada por el tipo de apoyos recibidos, entre los que destacó enseguida el de la jerarquía de la Iglesia y la casi totalidad del mundo católico, muy impregnado, sobre todo en sus juventudes, de la nueva ideología fascista: como ya desde 1935 había observado Ramiro Ledesma Ramos, el fracaso del partido fascista en España se debía al éxito del proceso de fascistización del partido católico. Por su parte, la expectativa de revolución social como respuesta a un golpe de la derecha, alimentada por los sindicatos, se vio a su vez afectada por la necesidad de librar una guerra en la que no se podía prescindir de ningún apoyo procedente de las clases medias y de la reducida burguesía republicana y que muy pronto reivindicó un contenido popular por encima del de clase, una defensa de la legalidad republicana al lado o por encima de una acción revolucionaria.

Del lado de la República, anarquistas, comunistas, socialistas, republicanos, nacionalistas vascos y catalanes; del lado de la rebelión, militares, católicos, monárquicos, fascistas. En este mundo político fragmentado por líneas cruzadas de fractura, el golpe de Estado de 17 y 18 de julio de 1936 separó nítidamente en dos los campos, aunque fueran muchos los actores en juego que debían hacer frente a situaciones imprevistas. Del lado de la República, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) no había resuelto su división entre los sindicalistas y los grupos de afinidad de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), que en el reciente congreso de Zaragoza han logrado imponer su programa de comunismo libertario; los comunistas están, más que divididos, en lucha abierta entre la ortodoxia estalinista de la III Internacional y los de lejana inspiración trotskista, Partido Comunista de España (PCE) y Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM); los socialistas literalmente no se hablaban, escindidos entre los que seguían la línea de Largo Caballero, fuertes en la Unión General de Trabajadores (UGT), y los que obedecían a la ejecutiva de PSOE, bajo precario control de Indalecio Prieto; a todo lo cual es preciso añadir republicanos de la variada gama que va del centro a la izquierda, contando a nacionalistas catalanes y vascos entre los que

abundaban los católicos. Del lado de los rebeldes, el gran partido confesional, la CEDA, derrotado en las elecciones de febrero, pierde el rumbo y buena parte de su militancia engrosa las filas de Falange mientras los monárquicos pasan a la ofensiva azuzando a los militares, convencidos de que nada tiene ya remedio si no es por un golpe fuerza: serán en efecto los militares quienes impongan el orden en su retaguardia por medio de fusilamientos masivos.

En estas circunstancias, todos sintieron la necesidad y la urgencia de entender y definir qué estaba ocurriendo exactamente en aquellas horas dramáticas con el propósito, primero, de ganar en su propio campo la guerra de palabras y, segundo, de situar su acción frente al enemigo, por medio de la redescipción de lo que estaba ocurriendo, bajo una nueva luz moral. Definir, nombrar, describir no se entiende aquí como inventar o construir la realidad: el golpe de Estado, la resistencia armada no necesitan ser definidos para ser reales; sino, más a la manera tradicional, como recurso retórico de una lucha por el consenso y la movilización de amplios sectores sociales, por identificar al enemigo como sujeto digno de ser exterminado, por imponer la hegemonía en el propio campo y, dada la inmediata repercusión de la guerra en el exterior, por presentar como legítima la posición de cada parte ante la opinión pública mundial. Son tiempos de creación y difusión de mensajes de propaganda por nuevos medios de alcance masivo: la fotografía, la radio, la prensa: ¿Qué pasa en España? fue pregunta habitual en cancillerías, en los medios de comunicación, en la calle. También lo fue entre las elites políticas, militares, eclesiásticas: todos intentaron nombrar la guerra o, más exactamente, redefinirla o redescibirla con el propósito de atribuirle un sentido, llenarla de un significado, que legitimara a su favor el curso de los acontecimientos.

De resistencia popular a guerra antifascista

Entre los republicanos, el primer nombre que define lo que está ocurriendo a partir del 18 de julio es el de sublevación, rebelión, insurrección: nuevo intento criminal contra la República protagonizado por una parte del Ejército, la que representa a España en Marruecos «sublevándose contra la Patria propia y realizando un acto vergonzoso y criminal de rebelión contra el Poder legítimamente constituido». Pero ese golpe de fuerza tropieza con un obstáculo insospechado, el pueblo que no quiere ser esclavo de nadie, un pueblo que quiso la libertad en 1931, la volvió a querer en febrero de 1936 y no está dispuesto a dejársela arrebatada por los restos de una España tradicional que había sucumbido con todos sus caciquismos aquel día de abril en que se proclamó la República y había vuelto a perder en las elecciones de febrero. Todavía no se trata de una guerra: lo que está sufriendo la República es una su-

blevación militar que tropieza con la resistencia de «heroicos núcleos de elementos leales».¹

Muy pronto, sublevación y resistencia dejan de ser conceptos suficientes para expresar la magnitud de lo que ocurre bajo la mirada del gobierno. La experiencia vivida que los dirigentes republicanos conservaban de un golpe militar era por completo diferente a lo que comenzó a suceder desde el mismo 18 de julio: al afirmar que se trataba de un *nuevo* intento criminal, lo que tenían en mente era el fallido golpe de Estado del general Sanjurjo en agosto de 1932. Pero los golpes de Estado son actos de inmediata resolución; sólo metafóricamente puede hablarse de un golpe de Estado permanente. Una sublevación es un acontecimiento, triunfa o es derrotada; no es una situación. Hacía poco menos de cuatro años, la sublevación fue aplastada con relativa facilidad, casi con la misma facilidad, aunque con resultado inverso, que trece años antes había triunfado otro golpe de Estado: era la distancia que separaba a Sanjurjo de Primo de Rivera, uno derrotado, otro vencedor en sólo unas horas; pero en esta nueva ocasión, como a los pocos días se puso ya de manifiesto, ni la resistencia popular era suficiente para liquidar el golpe, ni la fuerza de los golpistas tan contundente como para conquistar el poder. La situación es, según se ve desde el lado de los republicanos, la de un desgarramiento de la patria, un crimen horrendo, empecinados unos en su error, heroicos otros en la defensa de la República.

Al definir desde tan pronto los hechos como resistencia al golpe y obcecación de mantener la rebeldía, los republicanos reanudan una larga tradición española, iniciada un siglo antes con la guerra de liberales y carlistas, a la que Antonio Pirala había dedicado una voluminosa obra titulada precisamente *Historia de la guerra civil*. Y ahora, *Romancero de la guerra civil* será el gran titular de la doble página central que *El Mono Azul*, semanario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, dedica en todos sus números, desde el primero de 27 de agosto, a los romances con nombre de autor o anónimos que llegan a su redacción: una evocación más de las guerras antiguas, las del siglo XIX, abundantes también en la producción de romances recogidos luego en otros cancioneros como lo serán muy pronto los de esta guerra: de noviembre de 1936 es el *Romancero de la Guerra Civil* (Serie I), publicado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.² Desde el mismo mes de agosto de 1936, todo el mundo había nombrado ya lo que estaba sucediendo con el simple nombre de guerra, guerra civil, guerra

¹ Nota publicada por el Gobierno de la República en la mañana del 18 de julio.

² Otros títulos aparecidos en zona republicana durante la misma guerra fueron: *Romancero general de la guerra de España*, *Poesía de las trincheras*, *Romancero Popular de la Revolución* y *Cancionero de la Guerra de España*. Maryse Bertrand de Muñoz, *Romances populares y anónimos de la Guerra de España*, Madrid, 2006, p. 25.

de España, guerra española, nuestra guerra; otra cosa es, naturalmente, que en un marco político cruzado por tantas líneas de fractura esos nombres sencillos y directos, vinculados a una larga tradición de guerras civiles, resultaran unívocos y suficientes y que fueran a la larga los que terminaran por imponerse en la retórica de los combatientes o en la memoria impuesta por los vencedores.

Lo interesante es, en cualquier caso, que desde los primeros momentos de la sublevación militar y la resistencia popular, al recuerdo de las guerras civiles se añadieron, hasta quedar fundidos en un original discurso, elementos de otra experiencia de guerra algo más lejana en el tiempo. Se trata ahora no de una guerra civil, sino de una guerra nacional, la que se emprende contra un enemigo exterior, que en España había adoptado desde la invasión napoleónica el nombre de guerra de independencia, de resistencia popular contra un invasor extranjero. Fue casi instantáneo que en Madrid la resistencia evocara el Dos de Mayo. ¡Pueblo de Madrid!, exclama Pasionaria en una «vibrante alocución» pronunciada ante los micrófonos el día siguiente al golpe militar: «sois los dignos descendientes de los heroicos luchadores del Dos de Mayo», un recuerdo que se extiende también a las mujeres: «Nuestras mujeres han sabido hacer honor a la tradición luchando con bravura». Pero no es sólo Dolores Ibarruri la que retrocede hasta el Dos de Mayo para encontrar un antecedente de los hechos del 19 de julio en Madrid. Hace más de un siglo, dijo el presidente de la República en su primera alocución radiada cuatro días después, el 23, «el pueblo español escribió la epopeya de su independencia. En estos días, el mismo pueblo, por los mismos procedimientos, y en circunstancias maravillosamente parecidas a las de entonces, está escribiendo la epopeya de su libertad».³ Todavía no habían hollado suelo español las divisiones italianas ni los aviones nazis y fascistas habían dejado caer sus bombas en apoyo de los sublevados cuando ya, según la más alta magistratura de la República, el pueblo español está escribiendo, *en circunstancias parecidas*, un nuevo capítulo de la epopeya de su independencia y de su libertad.

Pero una guerra por la libertad y la independencia de la nación, una «segunda guerra de la independencia» como titula su primer editorial *ABC* republicano dos días después de la alocución presidencial, sólo es posible si el enemigo se representa como extranjero y el 25 de julio no hay todavía extranjeros combatiendo en España. Independencia, entonces ¿frente a quién? Pues necesariamente frente a quienes son identificados como traidores a la patria: «hombres nacidos en España que renuncian a todo nexo con la noble ideología patria, ganosos de con-

³ La alocución de Pasionaria, *Mundo Obrero*, 21 de julio de 1936. La de Azaña, *El Sol*, 24 de julio.

vertirnos en una colonia del más repugnante fascismo negro».⁴ Y será precisamente por ahí, por la identificación de los militares como servidores del fascismo internacional y, por tanto, como traidores a la patria por donde se orientará el discurso de guerra desde los días siguientes a la rebelión. ¿Qué pasa en España? se pregunta Pasionaria en una nueva alocución pronunciada también ante los micrófonos. Pues que los derrotados en las elecciones de 1936 se han alzado contra la República con el propósito de ahogar en sangre los anhelos del pueblo. La lucha que en estos momentos se desarrolla en nuestro país, dice Dolores Ibarruri, es la lucha entre la España democrática, liberal y republicana frente a las fuerzas reaccionarias y fascistas, que buscando ayudas inconfesables quieren implantar en nuestro país un régimen de terror y de sangre. La sublevación no es ya simplemente una acción militar, atribuida, como hace el gobierno, a los «generales rebeldes»; se trata, además, de una sublevación fascista y el partido comunista, consciente de su responsabilidad histórica, está dispuesto a defender la República, la democracia. Es, evidentemente, una extensión de la política impuesta a sus partidos por la Tercera Internacional desde el verano de 1935 que acentúa el carácter antifascista de la coalición popular dejando en un segundo plano las metas revolucionarias de la clase obrera. Lo que pasa en España, resume Pasionaria, es la lucha del pueblo contra la reacción y el fascismo.⁵ Qué se quería decir con fascismo lo explicaba *Milicia Popular*, órgano del Quinto Regimiento, de esta manera: a un lado, explotadores y parásitos, traidores, «todo lo cual está comprendido en la palabra fascismo»; enfrente, el pueblo español, con su miseria, su hambre y su odio de siglos.⁶ Así se esboza por los dirigentes del PC una retórica llamada a alcanzar un éxito formidable: la guerra de España es una guerra de resistencia popular contra el fascismo; una realización, por tanto, de la política de frente popular con su característica insistencia en los valores y las tradiciones nacionales.⁷

⁴ «Segunda guerra de Independencia», *ABC*, Madrid, 25 de julio de 1936. De las diferentes políticas a las que servían estas retóricas me he ocupado en «De guerra contra el invasor a guerra fratricida», en Santos Juliá (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

⁵ «“Pasionaria” habla por la radio», *Milicia Popular*, 31 de julio de 1936.

⁶ «¡A la lucha por la verdadera democracia para todos!», *Milicia Popular*, 26 de julio de 1936

⁷ Para el abundante uso de la retórica nacionalista por los dos bandos, José Álvarez Junco, «Mitos de la nación en guerra», en S. Juliá (coord.), *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XL, *República y guerra civil*, Madrid, Espasa-Calpe, 2004, pp. 635-682, y Xosé-Manoel Núñez Seixas, «Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish Civil War», en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The splintering of Spain. Cultural history and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 45-67

En los primeros días de agosto la guerra todavía no se percibe como una situación llamada a durar ni todos están de acuerdo en lo que implica una acción contra el fascismo cuando de la confrontación política se ha pasado a la lucha armada, de la resistencia en las calles a la guerra en las trincheras. Sin duda, todos coinciden en que el fascismo será aplastado en semanas por ese pueblo heroico, pero no todos están de acuerdo en el propósito que anima a los milicianos antifascistas: si el pueblo se ha echado a la calle por mantener la República o si, frente al golpe que no acaba de triunfar, la clase obrera y sus aliados han emprendido finalmente la revolución social que conducirá a la emancipación total del proletariado: «nos importaba un comino la República –decía un joven libertario a Ronald Fraser– lo único que nos importaba era la revolución».⁸ Defensa popular de la democracia y de la República, de una parte; revolución y conquista de todo el poder por la clase obrera, de otra: fue en este marco cuando tuvo lugar la primera batalla generalizada en territorio republicano por ganar la guerra de los nombres. El desencadenante fue Indalecio Prieto, que en un discurso pronunciado el 8 de agosto advirtió sobre la posible larga duración de la guerra, denunció las mangas de las sotanas que aparecían entre los galones y las estrellas de la jerarquía militar, evocando «las páginas montaraces de nuestra guerra carlista», y definió, solo él y a contracorriente, lo que estaba ocurriendo como una «guerra fratricida».

La intención de Prieto, acompañado en esta tarea por el director y editorialista del diario *El Socialista*, Julián Zugazagoitia, no consistía en ocultar algún significado de la guerra o tergiversar su verdadera naturaleza. Al definir la guerra como fratricida lo que pretendía era poner una barrera moral a la ferocidad –«oíd la palabra españoles: la ferocidad, la ferocidad»– que se estaba implantando en España. «Yo os lo ruego –decía Prieto con su característico énfasis– yo os lo suplico. Ante la crueldad ajena, la piedad nuestra; ante la sevicia ajena, vuestra clemencia; ante todo los excesos del enemigo, vuestra benevolencia generosa». El enemigo era un compatriota, un hermano: una vez derrotado, había que respetar su vida: «La vida del adversario que se rinde es inatacable –escribía Zugazagoitia–; ningún combatiente puede disponer libremente de ella. ¿Qué no es la conducta de los insurrectos? Nada importa. La nuestra necesita serlo».⁹ Prieto compartía esa misma visión, consciente como era del nefasto efecto que para la política exterior de la República acarrearían las matanzas que tenían lugar en el territorio leal. Ahora bien, si en el campo de los insurrectos nadie había alzado la voz para pedir respeto a la vida del adversario una vez rendido, en el de los leales, las

⁸ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 161.

⁹ Discurso de Prieto, *ABC*, Madrid, 9 de agosto de 1936. Presumiblemente de Zugazagoitia, editorial «La ley moral en la guerra», *El Socialista*, 3 de octubre de 1936.

palabras de Prieto sonaron a una auténtica provocación. Las respuestas fueron inmediatas.

La primera procedió de los más cercanos, de la izquierda socialista que desde la revolución de octubre de 1934 no había cejado en sus ataques a quien tachaba de falso socialista. Su órgano de expresión, *Claridad*, aunque reconocía el acierto de Prieto al afirmar que estaban en guerra y que era preciso prepararse para el supuesto de que fuera larga, mostraba su radical repulsa a que se tratara de una guerra entre compatriotas y hermanos. Los que se han levantado en armas contra la República para instaurar una feroz dictadura oligárquica, para barrer a los republicanos y asesinar ahora obreros y esclavizarlos después –escriben en su primera requisitoria contra Prieto– no son hermanos ni compatriotas nuestros. Es, por tanto, una negación explícita de su identidad nacional, que los socialistas de la facción caballerista extienden no sólo a «los toscos y bárbaros militares», sino a todos los que se han levantado con ellos: los terratenientes feudales, el clero belicoso y anticristiano que los secunda con armas, consejo y cuantiosos bienes; los seudo políticos y seudo intelectuales que los alientan y que preparan el brutal orden de la fuerza sin ley; los señoritos flamencos ebrios de odio y fanatismo; los banqueros que han puesto su capital al servicio de este enorme crimen: ninguno de ellos pueden ser hermanos de los que combaten contra esa España anacrónica y sangüinaria.

Así dibujados, los enemigos no pueden ser compatriotas: no hay hermandad posible entre verdugos y víctimas ni existe tampoco «una patria común entre los que solo quieren una sociedad de señores y esclavos, de tiranos y de ilotas, de victimarios asesinos y víctimas asesinadas. La única patria es la nuestra, fundada en el trabajo, justicia, cultura. La negación de todo eso es la patria de ellos, la anti-patria». Los que se han levantado contra la República han roto para siempre todo nexo de compatriotismo, de convivencia, de solidaridad humana, de comunidad civil. Ni hermanos, ni compatriotas, ni españoles: las fieras antihistóricas y salvajes no merecen ninguno de esos nobles títulos. En su respuesta a la pregunta sobre qué está ocurriendo en España, los redactores de *Claridad* rechazan expresamente que se trate de una guerra civil, mucho más aún de una guerra fratricida. No es un guerra civil, resume *Claridad*, es una guerra social.¹⁰

También los comunistas, llamados a entenderse en un futuro no muy lejano con la facción socialista encabezada por Prieto, respondieron airados a las recomendaciones de respeto a la vida del adversario. Ellos, desde el primer momento, habían definido la lucha como una guerra antifascista y por la República democrática. Sus milicianos formulaban

¹⁰ Editorial, «Sobre un discurso. Ni hermanos ni compatriotas», *Claridad*, 10 de agosto de 1936

a modo de voto al incorporarse a la organización militar una promesa en la que se decía: «Yo, hijo del pueblo, ciudadano de la República española, tomo libremente la condición de miliciano del Ejército del pueblo. Me comprometo ante el pueblo español y el gobierno de la República, surgido de la victoria del Frente popular, a defender con mi vida las libertades democráticas, la causa del progreso y de la paz, a exterminar definitivamente al fascismo y llevar con honor título de miliciano». Ahí, ni en el resto de la promesa, no se hablaba para nada de revolución ni de lucha de clases o de guerra social, pero sí se prometía luchar hasta el exterminio del fascismo. Y el exterminio casaba mal con una política de piedad o misericordia. «La lucha contra el fascismo es una lucha de exterminio», replican a Prieto. La piedad sería un aliento para los bandidos fascistas que, por donde pasan «siembran la muerte, el dolor y la miseria. Violan a nuestras mujeres. Incendian nuestras casas». Son, en efecto, «traidores a la patria, asesinos del pueblo, bandidos de fama». Había que pegar duro: destruir todas sus posiciones, matar a los jefes fascistas, pues «la lucha entablada entre nosotros y el fascismo es una lucha a muerte.» «El crimen de los traidores no tiene perdón», titula a toda plana *Mundo Obrero* su número de 10 de agosto, y a modo de conclusión afirma: «La consigna es: exterminio». «Y si en algún momento pudiéramos sentir alguna debilidad –escribe Dolores Ibarruri–, que el recuerdo de nuestros compañeros quemados vivos, de los niños asesinados, de los hombres mutilados, sea el acicate que no fortalezca en la dura, pero necesaria labor de liquidación de los enemigos de la democracia y de la República. ¡En la guerra como en la guerra!, ¡Vida por vida! [...] Ni tregua, ni piedad, ni compasión!». El único lenguaje posible era «el lenguaje de guerra»: la generosidad, la compasión y demás estulteces eran «incompatibles con el viento de realidad que agita lágrimas y sangre de las masas populares de España».¹¹ Que no fuera el momento de la revolución obrera ni de la conquista del poder por el proletariado sino de la defensa de la República no podía entenderse como una llamada a la generosidad frente al enemigo: definirlo como fascista equivalía a dirigir hacia él la única política posible, la de exterminio.

No pararon ahí las repuestas. En un célebre mitin convocado por el POUM en el Gran Price de Barcelona, Prieto recibirá, a un mes de distancia y a la vista de que persistía en su discurso de guerra, una nueva andanada procedente de Julián Gorkin y de Andreu Nin, que aprovecharon la ocasión para atacar también la definición de guerra contra el fascismo y por la democracia en la que se hacían cada vez más fuertes los comu-

¹¹ «Promesa del Miliciano Popular» y «¿Piedad? ¿Misericordia? ¡No!», *Milicia Popular*, 4 y 12 de agosto de 1936. Dolores Ibarruri «Pasionaria», «Ni compromiso ni beligerancia: ¡Justicia», *Mundo obrero*, 10 de agosto de 1936. Nota editorial, «El lenguaje de la guerra», *Mundo Obrero*, 12 de agosto de 1936.

nistas. Para los dirigentes del POUM, el contenido de la guerra no era el de una lucha popular contra el fascismo; en la guerra no era el pueblo el que luchaba por la democracia, era el proletariado el que conquistaba el poder. Nin lo afirma con toda claridad: «La classe treballadora de Catalunya i la classe treballadora de tot Espanya no lluiten per la república democràtica». Más aún, la lucha por aquella República ha dejado de tener sentido porque todos los problemas de la revolución democrática ya se han resuelto en Cataluña y es preciso pasar a otra cosa. El problema de la Iglesia, se sabe bien cómo se ha resuelto: no queda ni una iglesia en España, dice Nin; como tampoco queda pendiente el problema del ejército: la clase obrera ya lo ha depurado, destruyéndolo y creando las milicias. Resueltos esos problemas, la consigna no puede ser «defensa de la revolución democrática», ni nadie puede recomendar: primero ganar la guerra y luego ya veremos. Ahora, las dos cuestiones, guerra y revolución no pueden separarse. Lucha antifascista, dicho así, es una consigna abstracta. Lo que importa comprender es que el fascismo es la última y desesperada tentativa de la burguesía para consolidar su dominio; contra el fascismo, por tanto, no hay más que un medio: la revolución proletaria. Naturalmente, a Indalecio Prieto y a los que coincidían con él, había que contestar que no se trataba de una lucha entre hermanos; que nadie tenía derecho a pedir piedad ni generosidad para los que eran enemigos a muerte, y a muerte había que disponerse a continuar la lucha hasta la victoria total de la Revolución socialista en España. Había que llegar al fin. «Hasta vencer o morir. Camaradas ¡Viva la revolución española e internacional!», terminaba Nin en el Gran Price.¹²

De modo que, antes de que finalizara agosto, estaban ya claramente contruidos, del lado de los leales a la República, varios discursos de guerra que redescibían o sobrecargaban al muy habitual y extendido de guerra civil: los republicanos insistían en que se trataba de una rebelión militar contra un poder legítimo; los socialistas se dividían entre quienes la definían como guerra social, de clases, y quienes osaban destacar su contenido de guerra entre españoles; los comunistas del PC insistieron machaconamente en su contenido antifascista lo que les permitía resaltar, por una parte, su carácter de defensa de la República democrática y, de otra, su naturaleza como guerra de exterminio, mientras los comunistas del POUM no veían en la guerra más que un derivado de la revolución. Quedaban los anarquistas, que sufrieron entre los días de la revolución de julio y la experiencia de la guerra una radical transformación en sus discursos y en sus objetivos. Ante la necesidad de formar consejos de defensa y gobiernos de coalición y de definir estrategias políticas uni-

¹² Julián Gorkin y Andreu Nin, *El POUM davant la revolució espanyola (Text taquígrafic dels discursos pronunciats al Gran Price, de Barcelona, el dia 6 de setembre del 1936)*, Barcelona, Editorial Marxista, pp. 17-18 y 13.

tarias con las que hacer frente al avance de los rebeldes, el lenguaje de revolución, que dominó las primeras semanas, fue haciendo un hueco a una nueva retórica que exaltaba la exigencia de unidad de la nación, el heroísmo del pueblo contra el invasor, «la dura responsabilidad de sostener la producción en plena guerra civil», un discurso que se define, «a la hora de fijar su posición frente a los problemas fundamentales de la guerra civil», por el antifascismo y por la libertad del pueblo español.¹³ Es significativo que en el periodo en que los anarquistas dan vueltas al problema de su incorporación al gobierno, el discurso político de sus dirigentes suene como un eco del que tienen ya codificado los comunistas y con el que se mostrarán progresivamente identificados aunque tengan que hacer frente a quienes, desde sus mismas filas, consideran ese nuevo rumbo como una traición a los principios.

El motivo ellos mismos lo aclaran: desde el Pleno de 15 de septiembre de 1936, esto es, diez días después de haber rechazado la propuesta de Largo Caballero para incorporarse al nuevo gobierno de la República, la CNT hubo de modificar su «conducta táctica y sus objetivos inmediatos» con el propósito de arbitrar una «fórmula de concordia con las demás fuerzas antifascistas». La fórmula consistía en proponer la formación de una especie de gobierno de coalición disimulado bajo la denominación de Consejo Nacional de Defensa. Rechazada la propuesta por todos los demás, a los dirigentes de la CNT no les quedó otra alternativa que negociar duramente no ya su incorporación al gobierno, aceptada de inmediato, sino el número de sus ministros: no se conformaban con menos que «la paridad de representación vis a vis del marxismo».¹⁴ A partir de ese momento, la prioridad de ganar la guerra antes «de lanzarnos a una conquista temeraria» del poder se expresó colocando en primer término el carácter antifascista de la guerra, con una exaltación mayor si cabe de la tradición nacional revolucionaria española. El cimiento que podía unir a los «camaradas de todas las tendencias, republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas» era «el espíritu indómito de la raza» y la exigencia de la lucha común «contra el fascismo internacional», decía Federica Montseny, anarquista y, por paradojas de la vida, primera mujer ministra de un gobierno español. Pero no es sólo Montseny: definir lo que estaba ocurriendo como una «guerra antifascista que debe asegurar la independencia del país» es frase de la cosecha de García Oliver, que culpaba a la falta del «gran principio nacional» el hecho de que todo el esfuerzo derrochado en los primeros meses de guerra no había servido

¹³ No por casualidad, *Claridad* reprodujo el manifiesto del Comité Nacional de la CNT de 29 de agosto en el que se decían estas cosas, calificándolo de trascendental: *Claridad*, 31 de agosto de 1936.

¹⁴ Modificación de la conducta, en circular de 7 de noviembre de 1936 enviada por el comité nacional de la CNT a todas las regionales sobre el proceso de incorporación al Gobierno, Archivo Histórico Militar, armario 46, legajo 66, carpeta 2.

para avanzar ni un solo paso. El proletariado español, anarquista, sindicalista, socialista o comunista, no será nunca independiente y libre [...] si no tiene antes asegurada la independencia de su país mediante la creación de un ejército revolucionario, dice el líder de la CNT y ministro de justicia cuando ya va comenzado el año 1937.¹⁵

Lenguaje de los dirigentes de la CNT que pudo haber sido el de los dirigentes del PCE y que se consolida y extiende a medida que la intervención de Alemania e Italia se multiplica y que, en el frente interior, las exigencias de la guerra desplazan a los ensayos de revolución. Cuando se cumplían cinco meses desde que estalló «la rebelión militar fascista», la guerra se había transformado en «una guerra nacional, una guerra por la independencia de España, gracias al apoyo descarado que los fascistas alemanes, italianos y portugueses han prestado a los facciosos». Lo que hoy tenemos, dirá José Díaz, es «una guerra de liberación nacional, una guerra de independencia de nuestra nación». Y su partido aprobará una resolución diciendo que la guerra impuesta al pueblo español se había transformado «de guerra de defensa de nuestro pueblo contra la rebelión militar de los oficiales fascistas y traidores a su patria, en una guerra de independencia nacional contra la invasión militar colonizadora del imperialismo fascista de Alemania e Italia».¹⁶ «Magnífico movimiento popular contra la asonada fascista en España», se dice en un folleto del servicio de propaganda de la CNT con motivo del segundo aniversario del 19 de julio. Por supuesto, cuando se habla de «ganar la guerra», nada diferencia, desde los primeros meses de 1937, el discurso comunista del que difunden los dirigentes anarquistas incorporados a la acción política y de gobierno; tampoco en sus consecuencias prácticas: ganar la guerra exige una supeditación absoluta de nuestra vida y nuestras actividades a la guerra, dice García Oliver. Toda la atención, toda la voluntad, toda la pasión, todos los recursos debían concentrarse en la guerra: ese era el nombre, la guerra, cuando se trataba de unificar todos los esfuerzos.¹⁷

¹⁵ Federica Montseny, *El anarquismo militante y la realidad española*, Conferencia pronunciada en el Coliseum de Barcelona el día 3 de enero de 1937 y *La Commune de Paris y la revolución española*, Conferencia pronunciada en Valencia el 14 de marzo de 1937; Juan García Oliver, *El fascismo internacional y la guerra antifascista española*, Conferencia pronunciada en el Cine Coliseum de Barcelona el día 24 de enero de 1937, Barcelona, 1937.

¹⁶ *El camino de la victoria. Llamamiento del Partido Comunista a todos los pueblos de España y a cuantos aman la paz, el progreso y la libertad*, Valencia [1936]; José Díaz, «Ante el gobierno del pueblo, orden, disciplina y legalidad». Discurso en el Teatro Olympia de Valencia, recogido en *El PCE por la libertad y la independencia de España*. Marzo 1937; *Lo que el Partido Comunista considera indispensable hacer para ganar la guerra. Resolución del Pleno ampliado del CC del PCE*, 5 de marzo de 1937.

¹⁷ *Cómo se enfrentó al fascismo en toda España*, Ediciones del Servicio de Propaganda España, Buenos Aires, julio de 1938. García Oliver, *El fascismo internacional*, op. cit. Este tránsito de la CNT desde un discurso de revolución hacia un discurso antifascista recuerda en sus elementos fundamentales al realizado por el PCE en 1935.

Un lenguaje, por cierto, en que los dirigentes de la CNT y del PCE podían encontrarse en sintonía con el presidente de la República, Manuel Azaña, que tanto gustaba de evocar la guerra de la Independencia cada vez que hablaba de «esta guerra» que le había tocado presidir, aun si lo hiciera con una intención por completo diferente a la que manifestaban sus coyunturales coligados. En Azaña, guerra de independencia pretendía resaltar el carácter de guerra nacional contra un invasor con el propósito de convencer a las potencias democráticas de la necesidad de una intervención eficaz para ponerle fin. Fue convicción firme e inamovible del presidente de la República, desde los primeros días de la guerra, que la República por él presidida jamás podría vencer. Si se mantuvo en la presidencia fue con el propósito de impulsar, cuando las condiciones lo permitieran, una paz negociada que necesariamente tendría que exigir una intervención de las potencias democráticas que obligara a Alemania e Italia a suspender su ayuda a los rebeldes. Todas sus manifestaciones públicas, en forma de entrevistas o discursos, y todas sus iniciativas diplomáticas se encaminaron en esa dirección. Azaña no podía comprender, cuando la intervención alemana e italiana se hizo manifiesta, que Francia y Gran Bretaña contemplaran impasibles la presencia en España de soldados y armamento de las potencias fascistas. Por eso, no desaprovechaba ocasión para enviar mensajes en los que resaltaba la dimensión internacional de la guerra. Así, entre otros, al corresponsal de *Le Petit Parisien*, dijo en los primeros días de octubre que no se trataba sólo de una discordia interior. «En esta aparente guerra civil, además de la libertad del pueblo español, lo que se juega es el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo, el control del estrecho de Gibraltar, la utilización de nuestras bases navales del Atlántico, así como la de las materias primas que abundan en el subsuelo español. Esta es la presa que se va a disputar en el transcurso de este primer acto de la nueva Gran Guerra». Primera batalla de la segunda guerra mundial: así volverá a expresarse Manuel Azaña por boca de uno de los personajes de *La velada en Benicarló*: «si la República Española pereciese a manos de los extranjeros, Inglaterra y Francia (sobre todo Francia) habrían perdido la primera campaña de la guerra futura», dice Pastrana, repitiendo casi literalmente un pensamiento que el mismo Azaña confió a Jean Richard Bloch un día de agosto de 1936 y que volverá a confiar, cuando la guerra agonice al representante de México un día de febrero de 1939.¹⁸

¹⁸ «Unas declaraciones del presidente Azaña», *El Sol*, 14 de octubre de 1936. Pastrana en *La velada en Benicarló, Obras Completas*, edición de Juan Marichal, México, Oasis, 1967, vol. III, p. 410. El mismo Bloch da cuenta de su entrevista en un artículo publicado en *Vendredi* el 14 de agosto de 1936 y recogido en Jean-Richard Bloch, *España, España*, Lleida, Universitat de Lleida - Pagès Editors, 1996, pp. 155-161.

El hecho de sobrecargar de significados lo que desde el primer momento apareció como una guerra de España o entre españoles no significa que otros nombres desaparecieran del uso normal. Cuando el presidente del primer gobierno de la República en guerra, José Giral, decidió traspasar los poderes a Francisco Largo Caballero a principios de septiembre de 1936, justificó su iniciativa por «la duración, que se prevé larga, de la guerra civil que todos padecemos».¹⁹ Pero si otros nombres permanecieron, el de una guerra civil redescrita como guerra del pueblo por la independencia nacional contra una agresión fascista facilitada por militares, clérigos, terratenientes y banqueros que no merecían otro fin que el reservado a los traidores acabó imponiéndose en el campo republicano. Dos años después de que Giral traspasara sus poderes a Largo Caballero, otro presidente del Consejo de Ministros, Juan Negrín, volvía a exaltar a «este magnífico Madrid, que por dos veces en poco más de un siglo ha conquistado la capitalidad de los pueblos hispánicos, al convertirse en símbolo de la lucha por la independencia patria y contra la invasión extranjera». Otra vez Madrid, otra vez la gesta heroica, la lucha por la independencia contra el invasor. Tal era según Negrín la razón suprema de la lucha: «Luchamos por asegurar la independencia absoluta de España», esa era la sustancia de su último discurso de guerra.²⁰

Entre las fuerzas que combatieron por la República, con todo, nunca se llegó a la unificación total de discurso. En el POUM y en la CNT-FAI persistieron núcleos de opositores a esta versión oficial que, a medida que se alejaban del 19 de julio, definieron lo ocurrido como una revolución fallida. La agrupación «Los Amigos de Durruti» tenía claro que «estos individuos» que estaban al frente de los comités de la CNT habían «traicionado a la revolución y a la clase trabajadora por incapaces y cobardes».²¹ Para este y otros grupos, lo que definía a la guerra en el territorio republicano era la revolución que comienza fuerte, maravillosa, en la calle, como celebración festiva del parto de un nuevo mundo, pero que una vez más no llega a su plenitud por un conjunto de circunstancias entre las que destaca el abandono por los dirigentes de un gran número de sus posiciones doctrinales. Nada más ejemplar a este respecto que las distintas evaluaciones de lo ocurrido en Barcelona en mayo de 1937. Para los dirigentes de la CNT, del 3 al 8 de mayo, «Barcelona había vivido bajo el signo del guerra civil». Era así porque «esta vez la lucha no fue contra un enemigo fascista; fue una lucha entre las diferentes orientaciones que forman el frente antifascista [...] Mientras en el resto

¹⁹ *La Vanguardia*, 5 de septiembre de 1936.

²⁰ *Discurso del presidente del Consejo y ministro de Defensa D. Juan Negrín pronunciado en Madrid el 18 de junio de 1938*. Madrid, 1938, pp. 3 y 23.

²¹ Agrupación Los Amigos de Durruti, *Trabajadores*, (hoja sin fecha, pero mayo o junio de 1937).

de España, Aragón, Vizcaya, etc., se lucha sangrientamente contra los generales fascistas, en Barcelona se luchó entre hermanos». Para los redactores de *Spartacus*, sin embargo, lo que ha ocurrido es el triunfo de una contrarrevolución liderada por los comunistas, no hermanos sino enemigos por traidores a la revolución. En todo caso, es significativo que cuando pretendan reincorporarse a la coalición de fuerzas que mantienen el esfuerzo de guerra, también estos grupos como el POUM se verán obligados a identificar como antifascista la guerra en la que todos están empeñados.²²

Alzamiento redescrito como cruzada

Entre los militares insurrectos, llama de inmediato la atención que el general Franco, jefe de la rebelión en África, recordara a todos en una de sus primeras arengas el «deber de cooperar en esta lucha decisiva entre Rusia y España. No se trata simplemente de un movimiento militar», clamaba el militar: «Se trata de algo más: de la vida de España, a la que hay que salvar inmediatamente. No creed las mentiras. Reaccionad todos. España es y será cada día más fuerte. Zaragoza, la inmortal, tiene los mismos defensores de la guerra de la Independencia». Pocos días antes, el mismo general Franco se había referido a las huelgas revolucionarias de todo orden que paralizaban la vida de la población, arruinando y destruyendo sus fuentes de riqueza, y recordaba que los monumentos y tesoros artísticos eran objeto «de los más enconados ataques de las hordas revolucionarias, obedeciendo a la consigna que reciben de directivas extranjeras, con complicidad y negligencia de los gobernadores de monterilla».²³

De manera que el general Franco no encontró legitimidad bastante a la acción emprendida nombrándola por su tradicional y verdadero nombre: insurrección o rebelión militar. Desde el primer momento, en un ejercicio ejemplar de paradiástole, redescibió el «movimiento militar», es decir, la rebelión militar contra la República, como un momento de lucha a muerte entre la verdadera España, la Patria en peligro, y un enemigo exterior, Rusia, los soviéticos. No había rusos en España aquel 18 de julio; por no haber, ni siquiera había embajada, aunque ya las relaciones con la Unión Soviética se hubieran restablecido. Pero había

²² *Los sucesos de Barcelona. Relación documental de las trágicas jornadas de la 1.ª Semana de Mayo de 1937*. Valencia, mayo de 1937. No es esa la visión de Marcel Ollivier, *Les journées sanglantes de Barcelone (3 au 9 mai 1937). Le Guepou en Espagne, Spartacus*, n.º 7, junio, 1937. Para lo último, *Posición del POUM ante el proyecto de pacto CNT-UGT*, manifiesto firmado por el comité ejecutivo del POUM en febrero de 1938, Archivo Histórico Nacional, Salamanca, antigua serie Barcelona, leg. 616.

²³ «Una nota del general Franco», *ABC*, Sevilla, 22 de julio de 1936, y del mismo Franco, «Alocución radiada», 18 de julio de 1936, *ABC*, 23 de julio. La edición de *ABC* citada en adelante es siempre la de Sevilla.

comunistas, que buscaban la ruina de España induciendo a las hordas revolucionarias del interior a destruir todo el patrimonio de la nación hasta convertir «nuestro glorioso solar en una mísera colonia rusa».²⁴

Cómo fue posible que semejante retórica alcanzara un éxito inmediato no podrá entenderse sin recordar que el comunismo se había convertido en un fantasma que recorrió no ya Europa sino los cuartos de banderas del ejército español y de todos los círculos de la derecha autoritaria desde el mismo momento de la revolución bolchevique y que se convirtió en una obsesión durante la dictadura de Primo de Rivera, reactualizada y agravada en los años de República.²⁵ El mismo hijo del dictador, fundador y líder de Falange Española, adelantándose unos meses a Franco, había interpretado el resultado de las elecciones de febrero de 1936 como un triunfo no ya comunista, sino ruso: «Rusia ha ganado las elecciones», decía una hoja escrita por José Antonio Primo de Rivera y distribuida por las calles de Madrid a mediados de marzo de 1936.²⁶ Familiarizado desde joven con ese lenguaje, sin esperar siquiera a que transcurriera una semana desde su vuelo de Canarias a Tetuán, el general Franco identificó su acción como una nueva guerra de independencia destinada, no a hacer frente a un ejército invasor, sino a exterminar a las hordas revolucionarias guiadas, movidas, manejadas por un poder extranjero, Rusia, el comunismo, ante el que habían inclinado la cerviz las autoridades de la República: comunismo vino a ocupar así, en la retórica de los sublevados, un lugar simétrico al que fascismo ocupó, también desde los primeros días, en la retórica de los leales.

Metidos ya en el mes de agosto, lo que podría haberse quedado como un «alzamiento» por la salvación de España contra Rusia encontró un refuerzo privilegiado de parte de la jerarquía de la Iglesia católica. En el incipiente discurso militar de nueva guerra de independencia no aparecía –como tampoco habían aparecido en las sucesivas directrices del general Mola, cabecilla de la conspiración– ninguna referencia al separatismo ni a la religión. Pero muy pronto, el clero y los fieles católicos tomarán partido por los sublevados. Alfonso Álvarez Bolado, revisando la totalidad de los boletines eclesiásticos de las diversas diócesis, ha se-

²⁴ «Proclama del jefe del Ejército de Marruecos, general Franco, leída ayer por la radio», *ABC*, 22 de julio de 1936. Agradezco a Javier Fernández Sebastián haber llamado mi atención sobre las «técnicas de redescipción» analizadas por Quentin Skinner en *Reason and rhetoric in the philosophy of Hobbes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 138-180.

²⁵ Trata de este miedo Rafael Cruz, «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 273-303.

²⁶ «La voz del jefe desde el calabozo», en José Antonio Primo de Rivera, *Obras Completas*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular de FET y de las JONS, 1945, p. 664.

ñalado como factores determinantes de esta movilización, en primer lugar, los actos de reparación y desagravio por el bombardeo de la basílica del Pilar y el fusilamiento de la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, erigida por el rey Alfonso XIII en el Cerro de los Ángeles, que tuvieron lugar en la primera semana de agosto; además, la celebración de solemnes funerales por los muertos a los que el obispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, define en una carta pastoral de 30 de septiembre como héroes y mártires; en fin, lo que el mismo Álvarez Bolado ha llamado «la movilización de las Vírgenes, sacadas en procesión en multitud de pueblos y ciudades». ²⁷ «Procesiones, ofrendas, actos votivos y peregrinaciones asumen durante el conflicto el papel de ritos propiciatorios [...] las imágenes de las vírgenes más populares se adornan con insignias políticas y, continuando la costumbre iniciada con las guerras carlistas, reciben honores militares», ha escrito Giuliana di Febo. ²⁸ En todos estos actos de reparación, clero y obispos denuncian la barbarie del bando «rojo» y piden la adhesión al que comienza a llamarse «nacional». En iglesias y calles, la presencia de militares, de milicias de Falange, masculinas y femeninas, de jóvenes balillas, postrándose reverentes, reconstruye simbólicamente la unidad de la causa a la que todos ellos sirven y que es ahora la causa de la Patria y de la religión.

Esta movilización católica tuvo un efecto inmediato sobre el nombre de la guerra, de lo que en la publicística católica o, en general, de la derecha insurgente en sus diversas variedades ideológicas, se comienza también a nombrar como guerra española, guerra nacional, guerra civil, nuestra guerra, guerra de España. Como había ocurrido en territorio leal, en la publicística aparecida en los territorios bajo control de los rebeldes, el sintagma guerra civil se emplea también desde muy pronto y fue de uso generalizado. Por ejemplo, en su primera colaboración en *ABC* de Sevilla, José María Pemán resaltaba el carácter de guerra civil que había adquirido la lucha, aunque lo hacía no precisamente con el propósito de Prieto, de exigir el respeto a la vida del adversario, sino más bien para lo contrario: para llamar la atención sobre la permanencia del enemigo en casa que, aun después de derrotado y deshecho, quedaba «receloso a nuestro lado, huido en el monte, emboscado en el disimulo». Lo cual exigía dedicar grandes contingentes de soldados a la labor de limpieza, de policía, de guarnecimiento de los pueblos, distrayéndose así fuerzas que serían necesarias para avanzar en la tarea de reconquistar

²⁷ Alfonso Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil: 1936-1939*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1995, todo el capítulo 1, «De la cautelosa reserva a la proclamación de la cruzada»; la cita en p. 43. También R. Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 305-312.

²⁸ En *La Santa de la Raza. Un culto barroco en la España franquista*, Barcelona, Icaria, 1988, p. 35.

palmo a palmo el cuerpo nacional: recordar que la guerra era civil significaba llamar la atención sobre la presencia en el patio de atrás de un enemigo que debía ser depurado o redimido.²⁹

Pero del mismo modo que guerra civil comenzó a ser insuficiente para tejer un consenso entre los diferentes elementos que combatían por la República, también en la zona que quedó bajo control de los militares sublevados, guerra civil no reunía los ingredientes necesarios para construir un consenso y para movilizar a la población. Los militares, una vez fracasado el golpe, se quedaron prácticamente sin discurso; Falange era un partido de aluvión, huérfana de líderes; los tradicionalistas luchaban por su rey y sus cosas. Sólo de una instancia podía proceder el discurso que transformara guerra civil en una causa santa capaz de movilizar a masas de voluntarios. Y fue la Iglesia católica la institución sobre la que recayó la tarea de redescrición de esta guerra, desempeñando así en la zona controlada por los sublevados un papel muy similar, en lo que respecta a la construcción del discurso de guerra que resultará finalmente dominante, al desempeñado por el Partido Comunista en la zona leal. De hecho, Partido Comunista e Iglesia Católica fueron las dos grandes instancias suministradoras de sendos discurso de guerra contruidos sobre una exacta simetría de elementos: guerra popular/nacional, contra un invasor extranjero fascista/comunista, apoyado en la anti-patria o la anti-España, que no podía terminar más que en el triunfo total de una parte y el exterminio de la contraria. Sólo que en el caso católico, sin verdaderas alternativas y por tanto sin adversario interior contra el que emprender una guerra de nombres: la unificación política a la que procedió el mando militar y la hecatombe sufrida por la Iglesia en el verano de 1936 pusieron desde el primer momento en sus manos el triunfo en esa batalla por los nombres y por los símbolos que es siempre, en definitiva, una batalla por la hegemonía.

«No es una guerra la que se está librando, es una cruzada, y la Iglesia, mientras pide a Dios la paz y el ahorro de sangre de todos sus hijos –de los que la aman y luchan por defenderla y de los que la ultrajan y quieren su ruina–, no puede menos que poner cuanto tiene en favor de sus cruzados», se decía en una circular del obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, publicada en el *Diario de Navarra* el 23 de agosto. Diez días antes, cuando aún no había transcurrido un mes desde la rebelión,

²⁹ José María Pemán, «La hora del deber», *ABC*, 19 de agosto de 1936. Ejemplos, entre otros muchos, de lo extendido del nombre: *Con el general Mola. Escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*, de José María Iribarren, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1937; *Augurios, estallido y episodios de la guerra civil*, de José Pérez Madrigal, Ávila, Imprenta Católica de Sigiriano Díaz, 1938; *Justicia y carácter de la guerra nacional española*, del dominico Luis Alonso Getino, Salamanca, Imprenta Comercial Salmantina, 1937; *¿Cruzada o rebelión? Estudios histórico-jurídicos de la actual guerra de España*, del jesuita Juan de la Cruz Martínez, Zaragoza, Librería General, 1938.

el cardenal Gomá, arzobispo de Toledo y primado de España, informaba al cardenal Pacelli, secretario de Estado del Vaticano, que «en la actualidad luchan España y anti-España, la religión y el ateísmo, la civilización cristiana y la barbarie». Y sería el arzobispo de Santiago, Tomás Muniz, quien reivindicó con más contundencia el nombre de cruzada para explicar lo que estaba ocurriendo desde la sublevación militar en una circular profusamente reproducida en el resto de boletines episcopales: «El relato de las monstruosidades que nuestros enemigos van cometiendo en los pueblos que dominan por algunas horas, los asesinatos de obispos, sacerdotes, religiosos y fieles cristianos que se han distinguido por sus actividades religiosas, los incendios de iglesias, la profanación de santuarios, la destrucción de conventos y otros mil vejámenes de este orden, demuestran que la Cruzada que se ha levantado contra ellos es patriótica, sí, muy patriótica, pero fundamentalmente una Cruzada Religiosa del mismo tipo que las cruzadas de la Edad Media, pues ahora como entonces se lucha por la fe de Cristo y por la libertad de los pueblos. ¡Dios lo quiere! ¡Santiago y cierra España!». ³⁰

Los obispos definieron, como ya habían hecho los generales, al comunismo como el enemigo contra el que se había levantado la verdadera España, añadiendo a su identidad el elemento no banal de la herejía. El marxismo o comunismo era para los clérigos ese «monstruo moderno [...] hidra de siete cabezas, síntesis de toda herejía» que aprovechando el estado de caos y anarquía en el que había caído la República preparaba una revolución para hacerse con el poder del Estado. En esas circunstancias, el golpe militar quedó trasmutado en un «providencial alzamiento», una «protesta de la conciencia nacional y del sentimiento patrio contra la legislación y los procedimientos del gobierno». No había terminado aún el mes de septiembre de 1936 cuando el obispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, reconocía que en su origen, «fue una sublevación, pero no para perturbar, sino para restablecer el orden». Orden contra la anarquía y el disolvente comunismo: ya no se trataba por tanto de una guerra civil, afirma el obispo en un consciente y explícito propósito de redescrición del conflicto, «sino de una cruzada por la religión y por la patria y por la civilización», que enfrentaba a la única y verdadera España, «la España racial y auténtica, la España madre de

³⁰ Circular del obispo de Pamplona, «Para la suscripción nacional», cit. por Alfonso Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la paz...*, op. cit., pp. 40-42; Gomá a Pacelli, «Informe acerca del levantamiento cívico-militar de España en julio de 1936», de 13 de agosto de 1936, *Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil*, ed. de José Andrés-Gallego y Antón M. Pazos, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001, vol. 1, Doc 1-26. Para el arzobispo de Santiago: Giuliana di Febo, «Legitimación y representación de la cruzada», *Ritos de guerra y de victoria*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002, pp. 27-47, y José Ramón Rodríguez Laño, *La Iglesia en la Galicia del franquismo*, A Coruña, Do Castro, 2004, p. 473.

tantas naciones, la España paladín inmortal de la espiritualidad», con aquella otra España inoculada de espíritu extranjero, una España laica que no era ya la verdadera España.³¹

En la misma dirección, y dos meses después, el cardenal primado, Isidro Gomá, negaba que, en lo que tenía de popular y nacional, la guerra fuera una contienda de carácter político. No se luchaba por la República, escribía Gomá, ni por una cuestión dinástica; ni se ventilaban problemas interregionales: todo eso no era más que política y la guerra había adquirido una dimensión cósmica. Se trataba «de una guerra de principios, de doctrinas, de un concepto de la vida y del hecho social contra otro, de una civilización contra otra». Era la guerra española una guerra que «sostiene el espíritu cristiano y español contra este otro espíritu que quisiera fundir lo humano en el molde del materialismo marxista». La Religión y la Patria corrían gravísimo peligro y España misma había sido llevada al borde del abismo por una política en pugna con el sentir nacional y con nuestra historia. En resumen, había que reconocer en la guerra un espíritu de verdadera cruzada en pro de la religión católica. Era una guerra de civilizaciones puesta de manifiesto en el sentido de religión y patria que habían levantado a España contra la anti-España. No tardará mucho el mismo Gomá en insistir en el «concepto providencial y el valor expiatorio de la guerra», instrumento de la justicia de Dios «con que tratará de purificarnos». De ahí que la nación entera debe convertirse en un ejército y de ahí que el espíritu nacional escriba una verdadera epopeya para hacer frente a la barbarie marxista de esos ejércitos heterogéneos que luchan contra la España cristiana.³²

Todo animaba a que en muy poco tiempo el discurso militar –alzamiento y guerra de independencia contra Rusia y sus secuaces– y el eclesiástico –cruzada en defensa de la religión y de la patria contra la anarquía y el comunismo– se fundieran en un único relato que encontrará en abril y mayo de 1937 su primera y para siempre inalterable codificación en el discurso pronunciado por Franco el día de la unificación de Falange Española y Comunión Tradicionalista y en la carta colectiva dirigida por el episcopado español a sus hermanos de todo el mundo pocas semanas después. El general Franco ya se había referido

³¹ «Las dos ciudades. Carta pastoral del obispo de Salamanca», 30 de septiembre de 1936, puede verse en Antonio Montero, *La persecución religiosa en España*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1961, pp. 688-708. Para el pensamiento de este obispo catalán, Glicerio Sánchez-Recio, *De las dos ciudades a la resurrección de España. Magisterio pastoral y pensamiento político de Enrique Pla y Deniel*, Valladolid, 1994.

³² Del cardenal Gomá, *El caso de España*, en Anastasio Granados, *El Cardenal Gomá. Primado de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, pp. 319-323. De este folleto, el general Franco mandó hacer grandes tiradas en diferentes idiomas, según comenta Francisco Franco Salgado-Araujo en carta al mismo cardenal, Archivo Gomá, vol. 1, doc. 1-231. Del mismo Gomá, *El sentido cristiano español de la guerra*, en Montero, *La persecución...*, op. cit., pp. 708-725.

en alguna ocasión a la cruzada, aunque dándole un significado genérico, patriótico, no específicamente religioso, como cuando anunció que aviones estacionados en Madrid iban patrióticamente a reunirse a «la cruzada general» o cuando se dirigía a los «verdaderos españoles que nos siguen en la cruzada de defensa de España» y exaltaba «esta cruzada, por una España grande, poderosa y respetada, [en la que] no ha de faltar ninguno».³³ Cruzada era término que venía de antes y que ya había sido muy utilizado, no sólo por las publicaciones de la derecha, para armar el espíritu a la vista de las confrontaciones futuras. Pero el día de la unificación, cruzada adquirió otro significado y Franco era consciente de ello al comenzar su discurso «en el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto desde siglos por una España grande, única, libre y universal», para afirmar a renglón seguido que la guerra revestía «cada día más el carácter de Cruzada, de grandiosidad histórica y de lucha trascendental de pueblos y civilizaciones». Se trataba, según Franco, de «una guerra que ha elegido a España, otra vez en la Historia, como campo de tragedia y de honor, para resolverse y traer la paz al mundo enloquecido de hoy». Y de nuevo, en un perfecto ejercicio de redescipción de los términos, transforma retóricamente el significado de los hechos: «Lo que empezó el 17 de julio como una contienda nuestra y civil, es ahora una llamarada que iluminará el porvenir». Poco después, el mismo Franco, dará una vuelta de tuerca más, la que faltaba, para llevar esa transformación hasta el límite de la inversión de los términos.³⁴

No es casualidad que este solemne discurso que transforma una rebelión militar en una cruzada que ilumina el futuro, se pronuncie el día en que Franco, como jefe de Estado, generalísimo de los ejércitos y caudillo, procede a la unificación en un único movimiento de las fuerzas civiles que se han incorporado a su bando. Habla en el sagrado nombre de España y evoca a los muertos con el propósito de definir la guerra civil como una santa cruzada. Al hacerlo se reviste del sagrado carisma de salvador, que añade al de militar invicto y al de caudillo o jefe del Movimiento. Una sola persona unifica en sí misma los carismas que la elevan a un ámbito de poder indiscutible a la par que aniquila la posibilidad de que emerja otro discurso de guerra. En el bando antirrepublicano luchaban fascistas, monárquicos, tradicionalistas, católicos. Al elevarse a la sublime condición de salvador de la patria en una guerra santa que cuenta ya con una larga historia de caídos-mártires, Franco bloquea la aparición de un discurso y de un ceremonial estrictamente fascista o mi-

³³ «Proclama del jefe del Ejército de Marruecos, general Franco, leída ayer por la radio», «El general Franco, jefe del Ejército de África, a la Guardia civil española» y «La patriótica alocución del caudillo», *ABC*, Sevilla, 22, 23 y 26 de julio de 1936, respectivamente. La voz caudillo, todavía en minúscula, se aplicaba por aquellos días indistintamente a varios generales con mando en tropa.

³⁴ «Texto del discurso del Generalísimo», *ABC*, 20 de abril de 1937.

litar a la vez que se apropia el católico y liquida cualquier representación de la guerra como «contienda nuestra, civil». Algo similar había pasado con la primera guerra civil, llamada carlista, de dimensiones tan colosales que quienes la hicieron o luego hablaron de ella no podían reducirla a mero pleito dinástico. Aquello fue un enfrentamiento cósmico de dos Españas. Ahora, cuando se cumplía el primer aniversario del «alzamiento», en entrevista con Torcuato Luca de Tena, Franco le explicará que «el Movimiento Nacional no ha sido nunca una sublevación: los sublevados eran ellos, los rojos», un axioma del que sacará una rápida conclusión: al ser el movimiento «nacional», la guerra es «con el extranjero»; y una consecuencia para el futuro: decenas de miles de rojos fueron sometidos a consejos de guerra y fusilados, acusados de adhesión a la rebelión, figura delictiva tipificada en el Código de Justicia Militar.³⁵

Rojo, extranjero, el enemigo no podía esperar otro fin de la guerra que el exterminio puro y simple. Si cruzada de liberación contra el comunismo cumple una función crucial en la exaltación y sacralización del mando que unifica a quienes combaten contra la República, la cumple también en la celebración de la guerra como mito de salvación que llega a su plenitud de sentido con la destrucción y el aniquilamiento del enemigo. Prestar atención al momento en que estos lenguajes se codifican es fundamental para entender su significado. Son los meses de abril y mayo de 1937. La República ha emprendido la reconstrucción de un Estado, de un ejército y ha restaurado cierto nivel de disciplina. La guerra es más larga de lo que podía imaginarse en el verano y en el otoño del 36 y el Reino Unido presta por vez primera atención a las iniciativas de suspensión de armas, de armisticio, que llegan del presidente de la República. El secretario de Estado, Anthony Eden, recibe a Julián Besteiro, portador de un proyecto de mediación elaborado por el Presidente de la República con ocasión de la coronación de Jorge VI. Eden, siempre escéptico ante la posibilidad de un final negociado de la guerra de España, se lo presenta al enviado de Pío XI a la misma ceremonia, Giuseppe Pizzardo, secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, que a su vez lo transmite al embajador de Italia ante el Vaticano. La Santa Sede no quiere parecer, o mejor, desea no aparecer excesivamente atada al bando nacional porque hay católicos vascos combatiendo en el lado republicano y porque quiere reservarse un posible papel mediador entre las potencias democráticas y totalitarias y tantea el estado de ánimo de los obispos españoles. Pizzardo convoca a Gomá a Lourdes y le presenta un informe sobre el problema de mediación en España que reproduce exactamente las propuestas del presidente de la República. Gomá, que desconocía por completo «las iniciativas de algunos políticos extranjeros» sobre la mediación, se que-

³⁵ «Una hora con el Generalísimo», *ABC*, 18 de julio de 1937.

da perplejo, convencido de que «fuera de España no se sabe, al menos de la blanca, ni la media de la misa.» Escribe unos días después a Pizzardo rechazando sin contemplaciones cualquier plan de mediación y agiliza la publicación de una *Carta colectiva de los obispos españoles a los del todo el mundo con motivo de la guerra de España*, de 1 de julio de 1937, para que se enterasen de una buena vez de la naturaleza de aquella guerra. «No es sólo una guerra civil cruentísima –dicen los obispos–; es un conmoción tremenda la que sacude los mismos cimientos de la vida social y ha puesto en peligro nuestra existencia como nación». La guerra de España quedará famosamente definida en esa carta como un plebiscito armado; como un levantamiento o alzamiento cívico-militar que ha tenido en la conciencia popular un doble arraigo, el del sentido patriótico y el sentido religioso; una guerra, en fin, que no puede terminar más que «con el triunfo del movimiento nacional». Alzamiento, levantamiento, movimiento: son los obispos los que aportan a la retórica nacionalista esa sustancia popular y plebiscitaria.³⁶

El sagrado discurso de la guerra se mantuvo, para memoria de las generaciones futuras, en todo el ceremonial civil y religioso que acompañaba en cada ocasión la entrada de las tropas franquistas en los pueblos y ciudades liberados. «¡Barcelona ya es española!», se proclamaba en grandes titulares el día de su caída, del mismo modo que dos meses después se escribirá: «Madrid ha vuelto a ser de España» o, sólo unos días más tarde, «los invictos soldados de Franco reincorporan a España otras cinco capitales de provincia»: Cuenca, Guadalajara, Ciudad Real, Albacete y Jaén, hasta que finalmente Valencia sea también ocupada, conquistada, reconquistada. Liberación significaba ocupación de una tierra en manos de un poder extranjero que retorna a España, y retorno a España significaba redención y depuración, visiblemente expresadas en la resacralización de los espacios públicos por medio de ceremonias masivas con las que inmediatamente se celebra en calles y plazas la llegada del ejército salvador, cuando no la del mismo «Salvador de España», de «Nuestro Salvador» en persona.³⁷ Eran conmemoraciones sagradas, no en el sentido que después de la Gran Guerra había adquirido el culto a los caídos o en el fascismo italiano el culto del litorio, esto es, como cultos civiles que fundaban religiones políticas, el nacionalismo, el fascismo. En la España que volvía a ser España quedó muy poco lugar para la fundación de una religión política: la Iglesia católica absorbió por

³⁶ Conversación de Eden con Pizzardo, de 10 de mayo de 1937, Public Record Office, FO 371/21158. Propuesta de Pizzardo y carta de Gomà, de 22 y 25 de mayo: *Archivo Gomà*, vol. 5, docs. 5-366 y 5-388; *Carta colectiva*, *id.*, vol. 6, anexo 2 a doc. 6-242. Gomà se confiesa cansado y desorientado por la ignorancia de las cosas de la España blanca en carta a su obispo auxiliar, Gregorio Modrego, de 24 de mayo de 1937, *Archivo Gomà*, vol. 5, doc. 5-380.

³⁷ *El Norte de Castilla*, 27 de enero, 29, 30 y 31 de marzo de 1939.

su mayor potencia todos los cultos que de otra forma hubieran derivado hacia un ceremonial estrictamente civil de tipo fascista y/o militar, se los apropió y los representó según su propia liturgia, como celebración de la resurrección por la muerte, de la esperanza de nueva vida por la expiación de la culpa, como un acontecimiento de una historia de salvación que había exigido el derramamiento de sangre inocente, sangre de mártires, como semilla y prenda de nueva vida.

Así, lo que en su origen se nombró como levantamiento, alzamiento o movimiento militar se convirtió en memoria y celebración única de un acontecimiento fundacional, origen de una nueva historia, una cruzada de liberación contra el comunismo, por la patria, la religión y la civilización. Todos los intentos de fundar un nacionalismo español secularizado quedaron barridos en el ceremonial estrictamente religioso presidido siempre por la Iglesia y sus clérigos, que acabó fagocitando lo que en el discurso fascista de la guerra y de una revolución siempre pendiente pudiera haber de autónoma religión secular y silenciando las tímidas protestas –en realidad, una sola tímida protesta– por la abusiva definición de la guerra como cruzada. «Hay que cuidar lo que cada cosa significa, y en rigor creemos que no es el de Cruzada el nombre de nuestra guerra, aunque en tan buena parte fuera librada por razones religiosas», se decía en una reseña anónima de *Historia de la Cruzada*, publicada por *Escorial*, en abril de 1941. Afirmar que ese título era un «peligroso error» valió a sus redactores una buena rociada de improperios que ponía de manifiesto en el bando de los vencedores ciertas tensiones subterráneas por los nombres de las cosas, entre otras, por la nada baladí del nombre del Estado en construcción, si totalitario o católico. Pero esta es ya otra historia en la que el nombre de la guerra como cruzada de liberación vació todo su potencial movilizador para convertirse en elemento central de un discurso de dominación cuando los que se habían refugiado bajo ese nombre consiguieron la derrota incondicional de quienes habían librado una guerra antifascista.